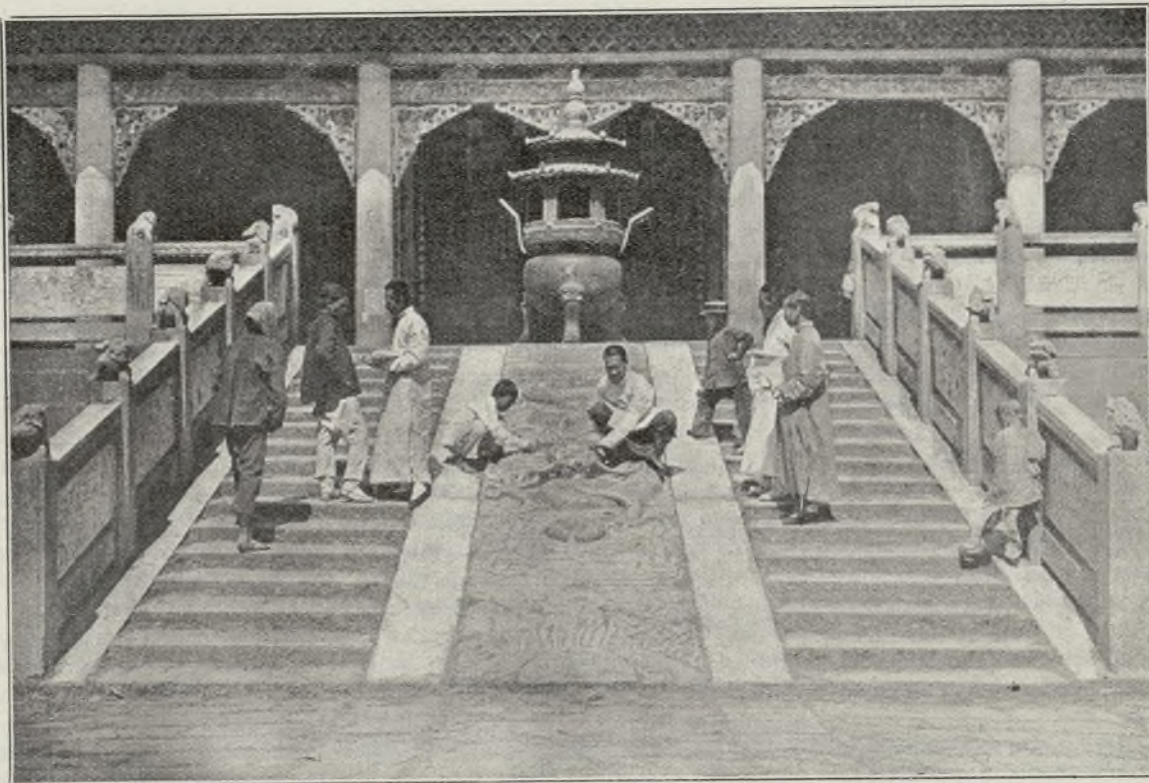


ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 386

Madrid, 16 de Junio de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.



DEL LEJANO ORIENTE

Colportores mostrando las Escrituras en la escalinata del Templo principal de Nanyoh, Hunán.

¿SOY YO GUARDA DE MI HERMANO?

HE aquí la causa de los conflictos sociales, de las tempestades de la vida, de los males que afligen a la Humanidad y de los torbellinos que desgarran a los hombres, destrozando las familias, los pueblos y las naciones.

Esta frase de Cain, expresión del más desenfrenado egoísmo y de la más descarada desfachatez, indiferencia y despreocupación, retrata fielmente al corazón humano, demostrando que su única tendencia es obedecer ciegamente los impulsos carnales, materiales y terrenos.

En el plan divino hay paz, armonía y luz, y cabe pensar que estas hermosas realidades se desarrollarían con sólo que la familia humana permaneciera unida con amor inalterable. Pero miramos a nuestro alrededor, y a cada paso, en cada período y en todos los lugares de la tierra, si no en palabras, en conducta, escuchamos la misma frase del fratricida: *¿Soy yo guarda de mi hermano?* Éste pa-

rece ser el lema de la raza humana hoy como antaño, cuando consideramos las dificultades por que atraviesa la Liga de Naciones y cuando contemplamos las tristes realidades de China, Nicaragua, Albania, bolchevismo, fascismo, etc., etc.

¿Soy yo guarda de mi hermano? es el espíritu que ha producido y produce ese exclusivismo repulsivo que levanta ingentes murallas con el propósito de aislar encariñadas instituciones de propia religión y de propios territorios; ese exagerado nacionalismo que llama bárbaros a los nacidos fuera de sus límites.

Hablamos mucho de Sociedad de Naciones, de arbitraje, y, aunque muy plausibles institutos, sin embargo continúa y se prolonga demasiado la misma disociación, el mismo desbarajuste y el mismo desorden que antes. Nadie se eleva sobre el encastillado egoísmo. Cada nación y cada individuo parecen decir: *¿Soy yo guarda de mi hermano?* Y si alguna

vez un Imperio ha unido las naciones en un solo cuerpo, lo ha hecho con la unidad de la esclavitud y degradación. Y aun entre los componentes de un mismo pueblo se desestima la obligación de ser guardas los unos de los otros; y, aunque en los tiempos modernos aparece este proceder un tanto disfrazado, sabemos por Platón, aquel genio considerado por algunos como precursor de Jesucristo, que el pobre, el esclavo, el huérfano, no eran dignos ni aun de nuestra molestia. Y así hubiera continuado el mundo, hundiéndose más y más, sin un hospital, sin un asilo, sin un refugio para el enfermo, para el huérfano, para el anciano, si no hubiese venido Cristo. Hemos oído a Cristo en Bethlehem, en Nazareth, en Getsemani, en el Gólgota, contestando a la pregunta de Cain; lo hemos visto con toda la humillación de la pobreza, con toda la carga de nuestros pesares y sufriendo con todo el peso de nuestros crímenes y con

todo el horror de nuestra condenación. A los pies de su Cruz aprendemos a odiar el egoísmo, aprendemos a vivir, no para nosotros mismos, sino como miembros de un cuerpo, cuidando los unos de los otros, siendo guarda cada cual de su prójimo, sea amigo o enemigo, sea compatriota o extranjero. ¿Os ha dado Dios propiedades? Vuestro hermano es el pobre. ¿Sois pobres? Vuestro hermano es ese rico que hasta ahora habéis odiado. ¿Sois instruidos? Vuestro prójimo es ese ignorante que apenas os puede comprender. ¿Sois virtuosos? Ese vil, degradado, miserable, que es el hazmerreír de las calles, es vuestro hermano. Son nuestros hermanos los publicanos, los expulsados, los negros (a pesar de cierto prurito de linchamiento), los paganos, los salvajes. Por todos ellos debemos interesarnos, a todos debemos llamar, porque «aún hay lugar» para todos en nuestros corazones.

Seamos guardas de nuestros hermanos, porque sus intereses son nuestros intereses. Y no olvidemos que el hombre tiene dos naturalezas; por consiguiente, nuestra misión es doble. Somos llamados a aliviar sus dolores temporales y a salvar sus almas de las sendas torcidas.

Representaos aquella escena venidera. Todas las generaciones, delante de su trono, oirán palabras como éstas: «Fui pobre, desnudo; tuve hambre y sed; estuve enfermo, y vosotros no os disteis por entendidos.» Entonces comprenderemos la gran parte de responsabilidad que el estado deplorable de los humanos echa sobre nosotros.

Si todavía vemos iniquidades en donde el Evangelio es predicado, ¿qué podremos esperar de los países en donde no ha sido oído? Como decía Franklin: «Si las gentes son tan perversas aun con religión, ¿qué será sin ella?»

Cristo alivió especialmente los sufrimientos espirituales, porque superior al cuerpo es el alma. Ésta es la parte inmortal del hombre. Si debemos salvaguardar la parte física de nuestros hermanos, ¿qué no deberemos hacer por sus almas? Mirad a vuestro alrededor, al gran número de almas que no conocen a Dios, que lo niegan, que lo blasfeman; las muchas que sólo corren tras la disipación y vanidad, que se alejan cada vez más de Dios, y que, por último, se arruinan. Hay que evitar esa ruina, hay que encaminarlas a Cristo, porque están puestas bajo nuestra custodia. Para este trabajo abandonó Pablo todo lo demás. Oyó en cierta ocasión una voz que le decía: «Ven y ayúdanos.» Y mientras su flaqueza tiende a decirle *¿Soy yo guarda de mi hermano?*,

la voz de su conciencia le dice con energía: «¡Ay de mí si no predico el Evangelio!» El amor por las almas nos llevará a cuidar de ellas.

No creáis que sólo hay que guardar las almas lejanas, sino también y más especialmente las que están a nuestro lado.

¿Soy yo guarda de mi hermano? Seguramente no nos atrevemos a decir eso; pero ¿no osamos algunas veces pensarlo?

La tarea es grande, y esa grandeza nos aterroriza, nos persigue, nos envuelve y nos paraliza; pero no por eso deben ser menores nuestros esfuerzos para abrir brecha en el duro mármol de la indiferencia, pues el brazo de Dios está pronto a aumentar las fuerzas de todos los que trabajan por ser guardas de sus hermanos.

ENRIQUE TOMÁS.

Nuestra eterna fiesta del Corpus.

SIEMPRE que se aproxima la llamada fiesta del *Corpus*, y se preven las bullangueras procesiones católicas con su obligado cortejo de cruces y *custodias* de plata, de sacerdotes vestidos de ricos ornamentos, de estandartes de todos los colores, épocas y estilos, y de brillantes uniformes, de tanto esplendor, en fin, que parece querer deslumbrar al mismo sol ardiente de Junio, los más tristes pensamientos asaltan la mente del verdadero cristiano, que quisiera ver en el pueblo español algo más de la religión «en espíritu y en verdad» que el Divino Maestro predicó y fundó en el mundo.

Es triste, muy triste, en efecto, contemplar, a través de las vistosidades de la fiesta católica del *Corpus*, cómo aquellas palabras de Cristo, que eran «espíritu y vida», se han querido, y se quieren todavía, interpretar a la manera grosera de los capironaitas, en sentido material, olvidando así lo que el mismo Maestro dijera: «El espíritu es el que da vida; la carne, nada aprovecha...» y se obstinan en hacer creer el absurdo dogma de la *transubstanciación*.

Y muchas veces, después de recibir, por la misericordia de Dios la luz del Evangelio, meditando sobre este tema, nos hemos preguntado: ¿Y por qué esta invención de la Iglesia romana? ¿Qué finalidad espiritual persigue la doctrina católica de la transubstanciación? ¿Es que, acaso, el pensar y creer en la presencia real y corporal de Cristo en los elementos de la Santa Cena, ha de dar al alma más fuerza, más virtud, más vida que el creer en la sola presencia espiritual de Cristo? Cristo promete su presencia real, sí; pero espiritual a todos los que le invocan con fe, y estará donde dos o tres se congreguen en su nombre, y estará con todos sus fieles servidores hasta la consumación de los siglos, y estará, si se quiere, de un modo más especial y más íntimo; pero siempre espiritualmente, en aquellos que tomen con fe y gratitud los símbolos del cuerpo y de la sangre de la Divina Víctima que un día fué inmolada en el árbol de la cruz para la redención del mundo; y si esto es así, y así es, como se evidencia por las palabras claras y terminantes de nuestro Divino Salvador, ¿cómo pueden los católicos de buena fe creer en otra presencia como necesaria

para sostenerse y avivarse en la comunión con Cristo? ¿Es que la presencia *espiritual* de Cristo no basta para dar a las almas *toda* la vida y fuerza que necesitan puedan?

He aquí, a nuestro juicio, el argumento definitivo para destruir todo el artificioso castillo de teologías y sutilezas con que se ha querido apoyar el extraño dogma de la conversión del pan en cuerpo de Cristo y del vino en su sangre. Si partimos del principio indiscutible e indiscutido de que «Dios, que no falta nunca en lo necesario, no abunda jamás en lo superfluo», no podremos, en ningún caso, pensar en la necesidad de un milagro tan estupendo, tan imposible como el del cambio de sustancias sin cambio de accidentes; el de que un cuerpo que, *aun en estado glorioso*, ha de ocupar por fuerza un espacio limitado, ocupe muchos lugares a la vez; el de que una parte de un cuerpo sea el todo del cuerpo a la vez, y otra porción de trastornos gravísimos de las leyes naturales que implique la tal doctrina católica, para satisfacer las aspiraciones del alma religiosa, suficientemente satisfechas con la doctrina bíblica, de la presencia espiritual de Cristo. Ni tampoco se puede admitir la necesidad de la manducación *carnal* de Cristo para el alimento espiritual del alma, cuando sabemos, por la Palabra de Cristo, que Él es «el pan de vida» y que el que a Él viene, por fe, por rendimiento, por consagración, «nunca tendrá hambre», y el que en Él cree, «no tendrá sed jamás». A Dios no se le deben pedir más milagros que los que son precisos para nuestra salvación. Y su presencia y la influencia de su Espíritu, que todo lo puede, con su sinceridad, y todo lo quiere, con su infinito amor, bastan para el sostén y progreso de la vida del alma hasta su más completa perfección.

¡Qué consuelo para el verdadero creyente saber que Cristo proveyó abundantemente, ya con su palabra primero, con su copiosa redención después y siempre con su divina influencia y presencia adorable, a las necesidades espirituales de nuestra vida, de nuestro alimento, de nuestro pleno desarrollo! ¡Qué gozo saber que no necesitamos de sacerdotes, ni de palabra de consagración, ni de hostias, para tener a Dios con nosotros y lle-

SUMARIO

¿Soy yo guarda de mi hermano? (Enrique Tomás). Nuestra eterna fiesta del Corpus (A. Arenales). — A través de la Prensa: Felipe II y Lindbergh I (Roberto Castrovido). — La enseñanza y la vida (María Pérez de Ecrogl). — Información Evangélica. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

varlo a todas partes y vivir en plena comunión con Cristo a todas horas, aunque las especies de pan y de vino se corrompan y falten curas que consagren y sagrarios que reserven y misas y procesiones que ostenten en ricos cálices y viriles la hostia! La fe es más poderosa que todo esto. Por fe oímos la palabra de Cristo, que nos invita a recibirle en nuestro pobre corazón; por fe le abrimos de par en par la puerta de nuestra alma y Él entra y se adueña de nuestros afectos para purificarlos, y nos da de su propia gracia para alimentarnos, y se nos da asimismo todo entero para elevarnos hasta la altura de su gloria.

¡Ah, pobres católicos, que están ilusionados con el brillo y esplendor de un sagrario material, sin que les hagan pensar en el verdadero sagrario en que Cristo se complace en habitar con nosotros todos los días de nuestra vida! «Dame, hijo mío, tu corazón...», nos dice el Señor. Nuestro corazón será el único verdadero *ostensorio*, el solo trono donde quiso Cristo reinar, la única *custodia* en que Jesucristo quiere reservarse para ser nuestro verdadero *Pan del cielo*, nuestro consuelo y nuestro guía y nuestra vida.

Bendigamos a Dios, hermanos, que nos ha hecho conocer estas verdades tan hermosas, dejando atrás todo ese fárrago y lastre inútil de ceremonias y de pompas exterioridades, que no pueden nunca satisfacer los íntimos anhelos del alma religiosa, y recordemos otra vez, para nuestra edificación y aliento, las palabras del Divino Maestro: «El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.»

A. ARENALES.

~~~~~

## A TRAVÉS DE LA PRENSA

### Felipe II y Lindbergh I

**A**MIGOS míos, Luis de Zulueta y Diego San José, oficiantes en el altar vacío, se maravillan de que, tras tanto hablar y tanto proyectar, no se haya celebrado el cuarto centenario del nacimiento en Valladolid del hijo de Carlos I, del que reinó desde que abdicó su padre hasta casi finalizar el siglo XVI, del llamado por el P. Gracián en *El Criticón* «prudentazo» rey.

Pues se ha conmemorado, amigos míos, y de modo no soñado siquiera, por la comunidad agustina de El Escorial, la Cofradía del Nuevo Rezado y la Diputación provincial de Valladolid, de modo tal, tan simbólico, tan inesperado e inaudito, y tan relleno de lecciones, que providencial lo consideraríamos de no haber pasado de moda la filosofía de la Historia.

Nació Felipe, el segundo al reinar, el martes 21 de Mayo de 1527, a las cuatro de la tarde, según puntualizan graves historiadores, en la ciudad de Valladolid, y al cumplirse los cuatrocientos años

de ese natalicio, el sábado 21 de Mayo de 1927, llega a París, tras treinta y tres horas de vuelo, el norteamericano Lindbergh, al que se puede llamar el primero.

Ha atravesado, del continente descubierta al continente descubridor, el mar Atlántico; ha volado sobre las islas Británicas y sobre las olas donde se hundieron muchos navíos de la *Invencible*. Y el sajón americano, que no sé si es hereje o católico apostólico romano, ni me importa saberlo, ha realizado la epopéyica travesía a bordo de un aparato volador que denomina *Espíritu de San Luis*. Debe de referirse a la ciudad yanqui del mismo nombre.

Esta cruzada es más santa, por lo pacífica e incruenta, que las del francés santificado que dió nombre a la ciudad en cuestión. El espíritu de San Luis es muy otro, con haber pasado poco más de un siglo, que el animador de aquellos sus cien mil hijos que vinieron a España, con Angulema, por Fernando VII.

Ha visto el aviador muy por bajo de su aparato la católica Irlanda, isla de los Santos, y a verlo y a aplaudirlo habrán ido a París vecinos de la antigua Flandes, de la moderna Bélgica, de San Quintín, de Gravelinas, de Calais.

Para conmemorar grandiosamente el centenario ha sido preciso elevarse, subir muy alto, alejarse tanto en el espacio cuanto alejados estamos en el tiempo de aquel 21 de Mayo de 1527.

Cuatrocientos años no nos han separado a los españoles lo que hace falta para conmemorar el centenario de Felipe II. Hay compatriotas nuestros que gritaban, para concitar a los celebrantes en un mismo culto, el verso con que Góngora empezó a cantar a la armada que Felipe II envió contra Inglaterra:

Levanta, España, tu famosa diestra...

No la ha levantado, y han olvidado los conjuradores que sin las dos manos es imposible orar ni aplaudir. Ha faltado la mano izquierda, tan famosa como la otra.

Fallaron los designios del Prudente. Hay herejes en España, o sea cristianos reformados. Francia es República. Holanda goza de la independencia que lograron con Orange las provincias unidas. Inglaterra es un poderoso imperio, y de lo que empezaba a ser una colonia inglesa y es hoy una gran República federal, como aquel Aragón decapitado con Lanuza, ha venido la nueva paloma del arca, que ha deshecho París por disputarse como reliquia sus plumas.

¿Llegaremos a poder conmemorar unánimes centenarios como éste? Sí; cuando nos elevemos hasta ser capaces de celebrar en El Escorial un Congreso de las religiones, con protestantes y católicos, israelitas e ismaelitas. Hay que elevarse muy alto, muy por encima de las cruces verdes y de las hogueras, en las cuales buscaban, como los perros huesos en los montones de basura, tizones los intolerantes.

Imponer la unidad religiosa en el mundo es tan absurdo como la pretensión del arbitrista de secar el mar con esponjas. Caerá quien vaya, por grande y poderoso que sea, contra la libertad de conciencia.

Esto y mucho más nos enseña la inesperada conmemoración del centenario de Felipe II.

Y no digo más, porque no deseo encender un fanático coraje (ripió filosófico, que no poético) en *El Debate*.

ROBERTO CASTROVIDO

(De La Voz, de Madrid).

~~~~~

Bondad para con un enemigo.

Cierto esclavo que gozaba de mucho favor para con su amo, acompañó un día a éste al mercado de esclavos. Allí vió, entre otros negros en venta, a un anciano encorvado, y pidió a su patrón que lo comprara.

Puesto que el precio era reducido, el señor estuvo dispuesto a complacer a su sirviente favorito, y compró al anciano. Mientras volvían a casa, el patrón dijo:

— Ahora, Jaime, ¿qué vamos a hacer con el anciano?

Jaime era capataz de algunos otros esclavos del establecimiento, y tenía que ver de que trabajaran. Así que contestó:

— Déjelo quedar conmigo, en mi choza. Haré que trabaje cuanto pueda, y cuidaré de él.

Jaime trataba con suma bondad al anciano, lo que fué muy pronto notorio a todos. Finalmente, el patrón concluyó que Jaime habría encontrado un tío, un hermano mayor o, tal vez, su padre, y que había adoptado tal método para cerciorarse de que fuese bien cuidado en su ancianidad. Así que un día, cuando el anciano estaba enfermo, y el patrón vió que Jaime lo atendía, le preguntó:

— Jaime, ¿qué significa esto? ¿Por qué te preocupas tanto de ese negro viejo? ¿Es acaso un pariente tuyo?

— No, señor — repuso Jaime.

— ¿Es algún viejo amigo que conocieras antes de venir a este lugar?

— No, señor: es un viejo enemigo. Me raptó de mi aldea hace muchos años, y me vendió como esclavo. Algún tiempo después, él también fué capturado y vendido como esclavo. En cuanto le vi, lo reconocí. Y el Señor dice: «Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber».

Es ésta una buena lección, que vale la pena de aprender de un pobre esclavo. No se requiere mucha erudición para creer las enseñanzas de Jesús. Y el más humilde ser humano puede andar en sus pisadas. No habrá excusa para ninguno que no haya creído y obedecido su palabra.

Este número ha sido revisado por la censura.

TEMAS PRÁCTICOS

LA ENSEÑANZA Y LA VIDA

LAS escuelas de adultos que hoy día se han hecho indispensables, trabajan en Inglaterra con perfecta armonía de todas las denominaciones, incluso la católica. Los Domingos celebran su lección semanal sobre religión práctica. Los asuntos de dichas lecciones están maravillosamente escogidos y tocan muy variados e interesantes aspectos de la vida humana, siempre en relación con Dios. En ellos y en el Manual que para su estudio publica la Asociación, quiero inspirarme para ofrecer a los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA algo de lo mucho bueno que en tales escuelas se enseña. Por no abusar de la hospitalidad de las columnas de nuestro amado semanario, no podemos dar a nuestros apuntes demasiada extensión.

Tenemos hoy el tema de:

La enseñanza y la vida,

y como lema, las palabras del libro de los Proverbios: «Sabiduría ante todo, adquiere sabiduría; y ante toda tu posesión adquiere inteligencia». Podemos leer para entonar nuestra mente los trozos, Proverbios, III, 13-24 y IV, 7-10. «El principio de la sabiduría es el temor de Dios.» Proverbios, I, 7.

No todos damos a este clamor por la sabiduría toda la importancia que realmente tiene. Es cierto que algunos niños acuden a la escuela contentos y gozosos. Todos irían en esta disposición si la profesión de la enseñanza se practicara con arte, haciéndoles aprender cada día nuevas experiencias y alcanzar nuevos descubrimientos, al mismo tiempo que hallaban en el colegio el disfrute de un alegre compañerismo.

El niño debe aprender en la escuela las claves de la educación y su hábil uso. El maestro que entiende su trabajo, no sólo enseña a leer, sino lo que debe el niño leer y cómo leerlo con inteligencia. Ayuda al niño a sacar de los libros sus tesoros y a recoger y combinar sus hallazgos, a usar su imaginación, a pensar y a expresarse claramente. Más aún, avivará su celo para continuar estudiando y le hará comprender que tanto su vida como su trabajo y su relación con los compañeros son factores importantes llenos de interés. Tal será en la escuela el principio de la verdadera educación. Aprender ejercicios de *sport* formará parte del proceso para que se desarrolle el cuerpo del niño al mismo tiempo que su mente.

Pero la educación en la escuela no es más que el principio que ha de facilitarle las claves para una vida mejor. Cómo usarlas después es asunto muy importante también.

Los más afortunados van a escuelas superiores, Academias, Institutos y Univer-

sidades. Otros han de buscarse un puesto en las profesiones manuales o en el comercio, y dedicar al estudio las horas libres. Para esto se ha limitado la jornada de trabajo a ocho horas, para que el obrero pueda destinar las restantes al estudio y completar así su educación. Los primeros años de escuela son obligatorios; la educación que se adquiere después es voluntaria. Puede graduarse el buen éxito de la vida escolar por el deseo que el alumno muestre de seguir adquiriendo conocimientos. Gran número de personas continúan gozosas su educación, aunque les cueste sacrificios de tiempo, dinero y distracciones. Lo hacen porque saben con certeza que la educación les capacita para vivir con mayor gozo y provecho. Otras retroceden ante el esfuerzo necesario.

La razón de que algunas vidas sean monótonas es que quienes las viven no hacen nada realmente bien, y así, no prosperan en lo que emprenden. La verdadera educación nos hace hábiles, porque nos enseña a pensar, a darnos cuenta del por qué de las cosas, a aplicar nuestros conocimientos a las varias situaciones que se nos presentan y a usar nuestros recursos.

La educación nos proporciona gozo de tres maneras:

1.^a Dando empleo a nuestras facultades, es decir, a nuestra imaginación, nuestra memoria y nuestras manos.

2.^a Ensanchando nuestros horizontes por medio del estudio de las vidas de grandes personalidades, de la historia de los grandes movimientos y de las costumbres de las naciones ilustres; informándonos sobre cómo se formaron los seres humanos y cómo funciona nuestro cerebro; mostrándonos la vida de los pájaros, las flores, los insectos, y haciéndonos practicar algún arte.

3.^a Dando significación a las cosas comunes; por ejemplo: enseñándonos las maravillas de la nieve o del carbón.

No hay nada aburrido. Aun las tristezas no pueden robar nuestro gozo si estamos siempre aprendiendo. Muchos hay que envejecen antes de tiempo porque dejan de aprender, cesan de investigar. La vida ha perdido para ellos todo su interés, porque no guardan sus mentes alerta y sus cuerpos flexibles. Cuando abandonan el aprender, empiezan a retirarse de la vida.

Ezequiel en su sueño (Ez., XXXVII, 1-14) vió un valle de huesos secos. Un aliento divino sopló sobre ellos y se levantaron hombres vivos. No basta con aumentar las escuelas e instituciones de enseñanza que forman, por decirlo así, el esqueleto

de la educación; es preciso que la nación crea con fe ferviente en la educación y la pida con insistencia. Escuelas al aire libre y trabajos manuales deben reemplazar a los locales mal ventilados y con material deficiente y al memorismo. Libertad, determinación propia de instruirse y cooperación deben ser los principios de la vida escolar, si nos hemos de capacitar para ser libres e independientes. Lo importante no es sólo que se enseñe, sino dónde, cómo y por quién. El aprender no tiene fin. Como no podemos llegar a saberlo todo, debemos ejercitar una sabia elección para escoger aquello que ha de desarrollar más adecuadamente nuestras facultades y aficiones.

Y todos estaremos conformes, seguramente, en que lo más importante de todo es aprender a vivir mejores vidas, sacando el mayor caudal posible de conocimientos de la maravillosa creación de que formamos parte, tratando de comprender el significado de la vida, y de vivirla en armonía con nuestros semejantes, guiados por el propósito de mejorar las vidas de los que nos rodean y de los que nos han de suceder, y de adquirir para nosotros mismos mayor conocimiento de Dios y habituarnos a más íntima comunión con Él.

MARÍA PÉREZ DE ECROYD

□~~~~~□

El Tribuno y el Capitolio.

Se cuenta un incidente conmovedor de la historia que registra la muerte de Manlio, tribuno romano que vivió antes de Cristo.

Se dice que el graznido de unos gansos le hizo percatar del hecho de que los galos que sitiaban a Roma preparaban un ataque nocturno con objeto de tomar el Capitolio.


Reuniendo unos pocos hombres, se apresuró a ir a libertarlo, y en una desesperada lucha mano a mano con los galos, los rechazó y salvó la ciudad cuando todo parecía perdido.

Varios años más tarde, un complot político fué causa de su arresto y el juicio se llevó a cabo en el gran foro del Campo de Marte. Fué acusado, pero cuando iba a ser condenado, extendió las manos hacia el Capitolio, que se elevaba al alcance de su vista, y señaló, llorando, la arena de su triunfo. Al ver esto, el pueblo cuya causa él había defendido, rompió a llorar y los jueces no pudieron pronunciar la sentencia.

Una vez más se procedió al juicio, pero fué salvado nuevamente de la misma manera. Y sólo se le pudo declarar reo cuando la sala de juicio fué transferida a otra parte de Roma, desde la cual no podía verse el Capitolio.

Lo que el Capitolio fué para Manlio, debería ser la cruz de Cristo para el cristiano. Mientras creamos, mientras la mantengamos ante la vista mediante los ojos de la fe, «no moriremos».

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Ayuntamiento de Madrid

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

El jubileo de la Alianza Evangélica.

Con objeto de asistir a los actos del LXXX aniversario de la Alianza Evangélica Universal, ha salido para Londres el presidente de la Alianza Evangélica Española. Entre los actos señalados en el programa figura una gran reunión unida, que tendrá lugar en la tarde del lunes, día 20. Esta reunión será presidida por el ministro de la Gobernación (Home Secretary), y en ella tienen señalados sus discursos los representantes de España, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y Estonia.



Los soldados evangélicos.

Publicada en uno de nuestros números anteriores la lista de jóvenes evangélicos que prestan actualmente su servicio en el ejército, hemos recibido nuevos nombres. Próximamente publicaremos una segunda lista, y por esto suplicamos nos envíen sus datos los jóvenes que todavía no lo hayan hecho.



Homenaje al maestro Orejón.

Como se anunció en estas columnas, el sábado 4 tuvo lugar en el salón de actos de la iglesia del Noviciado, de esta capital, el homenaje organizado por la juventud de aquella iglesia al eminente maestro compositor D. Felipe Orejón. El celebrado maestro no necesita, ciertamente, de nuestros elogios, pues goza de merecida fama entre los evangélicos españoles, que consideran entre sus himnos favoritos algunos del maestro Orejón.

Ha sido lástima que el poco tiempo mediado entre el anuncio de tan importante acto y su celebración haya impedido el que se sumaran a él los elementos de las otras congregaciones de Madrid y el que pudieran enviarse adhesiones de provincias. De todos modos, el acto resultó muy brillante y esperamos publicar una reseña detallada del mismo en nuestro número próximo. Nosotros felicitamos de todo corazón al maestro Orejón, y le hacemos presentes nuestros deseos más fervientes de nuevos éxitos.



Por los evangélicos de Villaescusa

En este mismo número consignamos los primeros donativos recibidos para los evangélicos de Villaescusa que han sido perjudicados por el pedrisco. Esperamos ver aumentada notablemente la suscripción en números sucesivos. La buena acogida que merecieron los llamamientos en favor de los niños hambrientos rusos y de los soldados evangélicos españoles, nos permite esperar que ahora no habremos llamado en vano. La suscripción quedará cerrada el 31 del próximo Julio.

Profesores evangélicos a Fernando Póo.

El pasado viernes por la noche se celebró en la iglesia del Noviciado una reunión familiar de oración para encomendar a la protección divina a dos queridos hermanos nuestros que van a trabajar al campo misionero: D. Angel Palomeque y su esposa D.^a Eugenia Casarrubios.

Sentimos una viva satisfacción al ver que, quizá por vez primera, la España evangélica va a tener una representación, pequeña aún, pero real, entre la falange nobilísima de siervos de Dios que extienden el Evangelio en el mundo pagano. A nuestros lectores no se les ocultará que el campo donde van a trabajar nuestros hermanos requiere especial abnegación por causa de los peligros del clima.

El Sr. Palomeque y su esposa han respondido resueltamente al llamamiento de la Misión Metodista de Fernando Póo, dirigida por nuestro buen amigo el reverendo Jorge Bell. Allí van, deseosos de trabajar por la causa de Cristo y dejar bien puesto el pabellón español.

Ya indica este ánimo el esfuerzo del Sr. Palomeque, preparándose en breve plazo para los exámenes del Magisterio, cuyas materias todas ha aprobado en dos convocatorias. Le felicitamos por este *tour de force*. Su esposa también tiene el título de maestra, y puede así cooperar, si conviene, con su marido.

Presidió la reunión de despedida el Rdo. Enrique Lindegaard, pastor de la iglesia del Salvador, y tomaron parte los Rdos. Julio Nogal, Juan Fliedner y Fernando Cabrera, elevando oraciones al Señor los hermanos Sres. Araujo, Huelves, Guevara, Sanz y García.

El tono de todo lo que se dijo fué muy edificante, tanto para los que marchaban como para quienes tuvieron el privilegio de asistir a tan simpático acto.

La Sociedad Bíblica regaló a los viajeros dos preciosos Testamentos de bolsillo, en cuya guarda firmaron muchos de los presentes como recuerdo del acto.

Al día siguiente, un buen grupo de creyentes y amigos, especialmente jóvenes, despedía a los viajeros.

¡Dios los guarde y los bendiga en aquellas lejanas tierras de España!



Desde Aguilas.

La reciente visita de D. Miguel Aguilera, secretario del Comité Ejecutivo de la Misión de Valdepeñas, a este pueblo, ha sido para nuestra iglesia de grande gozo y provecho espiritual.

Nunca nos sentimos avaros a no ser del tesoro de la palabra. Así, pues, apro-

vechando la estancia del Sr. Aguilera entre nosotros, preparamos todas las ocasiones y días disponibles para la predicación, sintiendo que, en vez de un descanso merecido, le hayamos propinado intensísima labor.

El Domingo por la noche nos instruyó con un sermón magistral sobre las palabras que el versículo 41, del capítulo 18 de Lucas, pone en boca del ciego de Jericó: «Señor, que vea».

El martes, día 7, aprovechó la reunión de mujeres para dirigir una plática devocional a los creyentes, que tuvo por fruto un ramillete de plegarias y deprecaciones dirigido al Padre de los corazones de todos sus fieles hijos.

En los días 8 y 9, ante un crecido número de oyentes, pronunció dos hermosísimas conferencias sobre «pecadores» y «el mayor pecado», que dejaron a todos una muy honda impresión.

Bien seguro puede ir el Sr. Aguilera del fruto de su trabajo y de la grande simpatía que deja entre los aguileños. — P. Franco.



Esfuerzo Cristiano, Barcelona.

Las Sociedades de E. C. afiliadas a la Iglesia Metodista de Barcelona celebraron, el Domingo día 5 del corriente y en la capilla de la calle de Ripoll, una reunión para rendir tributo a la memoria del fundador y presidente mundial de E. C., Rdo. Francis E. Clark.

En la tribuna figuraba la fotografía del Dr. Clark, coronada por un precioso ramo de flores, llevando todos los esforzadores, con la insignia de E. C., un lacito blanco.

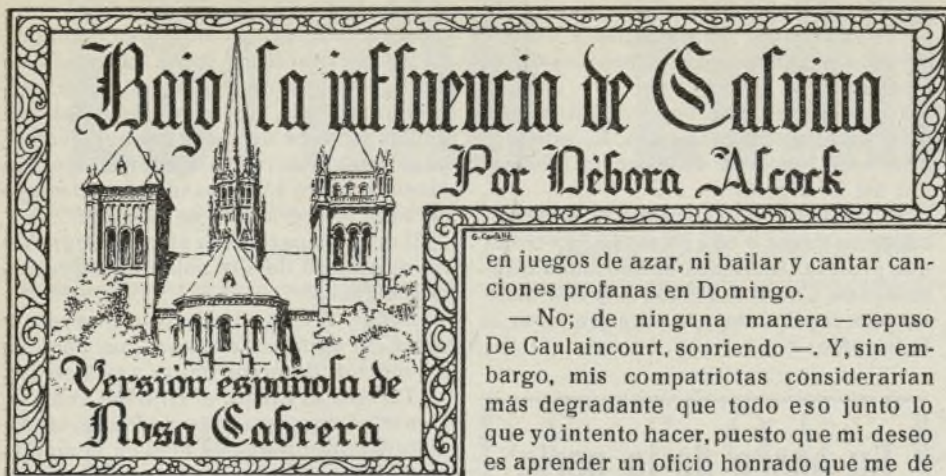
Nuestro presidente honorario, Rdo. Samuel H. G. Saunders, que presidía el acto, empezó explicando la significación de aquella reunión diciendo: «Aunque de momento parezca lo contrario, no es ésta la ocasión de estar afligidos, puesto que el Dr. Clark ha llegado a ver tan desarrollada la obra que había emprendido. El año último, en su viaje a España y Europa, iba despidiéndose de los esforzadores, como si viera cercana su partida; y después de realizar sus trabajos últimos, el Señor le ha llamado a su presencia. Hemos de tener en cuenta que él ha recibido ya la corona de justicia como premio a sus trabajos. Por esto llevamos estos lazos blancos, conmemorando así el triunfo obtenido por el que nos ha dejado señalado un camino a seguir».

Hablaron después los Sres. Guinot y Capó, presidentes de las Sociedades de Pueblo Nuevo y Clot respectivamente, sacando consecuencias acerca del carácter, trabajos y éxitos del Sr. Clark en pro de la juventud.

Fuó una reunión sencilla, pero llena de hermosas experiencias, entresacadas de la vida del gran siervo de Dios, que seguramente servirán para estimular a un mejor servicio cristiano a los jóvenes y no jóvenes que asistieron al referido acto. El secretario, Alfredo J. Capó.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Ayuntamiento de Madrid



(Continuación.)

Norberto y Margarita se fueron a la iglesia; Claudina y Gabriela se retiraron a otra habitación, y Berthelie y su huésped permanecieron en pie al lado de la ventana, mirando la gente que iba llegando con rapidez a la calle para asistir al culto en la inmediata iglesia de San Gervasio; los hombres, con togas o justillos de frisa, excepto algunos, muy pocos, que, siendo miembros del Consejo, usaban paño fino; y las mujeres, con sayas y cuerpos de frisa y capuchas ajustadas. Los colores eran tan sobrios como tosca la calidad de las telas; apenas si se veía un tono claro en toda la distancia que abarcaba la mirada, a lo largo de la poco seductora calle.

— Señor Berthelie — preguntó de repente el francés —, ¿en qué se ocupan aquí los hombres que vienen sin dinero, como me ocurre a mí?

— Según y conforme. Vos sois noble, ¿verdad? — De Caulaincourt asintió con una inclinación de cabeza, y la mirada de su interlocutor demostró que así lo había creído.

— Casi preferiría haber sido tejedor, o albañil, o carpintero — prosiguió De Caulaincourt —, a fin de que mi hijo y yo no fuéramos una carga para los extraños.

— Para nosotros no hay aquí extraños. El ginebrino considera hermano suyo a todo protestante.

— Pero ningún hombre quiere ser gravoso a un hermano con su inutilidad. Escrito está: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros»; pero también dice en el mismo lugar: «Cada cual llevará su carga». ¿Cómo podré yo llevar la mía y la de mi hijo?

— No os preocupéis por el niño, pues cuando los sindicatos os vean y oigan vuestra historia, no faltará quien se brinde a teneros a ambos en su casa, y entonces él irá a la escuela, y vos... — Berthelie se detuvo y De Caulaincourt preguntó:

— ¿Y yo...?

— Podréis hacer lo que más os agrade, dentro de los límites de las leyes, que aquí, lo reconozco, son algo severas; pero supongo que no pensaréis entreteneros

en juegos de azar, ni bailar y cantar canciones profanas en Domingo.

— No; de ninguna manera — repuso De Caulaincourt, sonriendo —. Y, sin embargo, mis compatriotas considerarían más degradante que todo eso junto lo que yo intento hacer, puesto que mi deseo es aprender un oficio honrado que me dé lo necesario para vivir, sin aumentar la carga, tan grande ya, de nuestros generosos bienhechores.

— Eso será muy duro. Un noble...

— No debe ser mendigo ni ladrón — interrumpió De Caulaincourt, prosiguiendo tras una pausa: — En mis viajes he pensado que debía hacerme impresor, porque, a mi parecer, es oficio que exige menos que otros un trabajo corporal a que yo no estoy acostumbrado. Además, siempre fui aficionado a los libros.

— Ya lo había yo adivinado — observó Berthelie, que no había sostenido tan larga conversación con su huésped sin descubrir en él un hombre inteligente e instruido —; pero dudo que sirvan para el cajetín de compositor las manos que, si no me equivoco, están habituadas al manejo de la espada.

— He servido al Rey, y en más de un reino — dijo De Caulaincourt, con modestia —; pero, desde que, por conducto del canceller Du Bourg, venerando mártir de Cristo, recibí el conocimiento de la verdad, he vivido retirado en mi finca de Gourgolles, en el Delfinado, como creo haberos dicho.

— Y supongo que ya ni aun allí os considerabais seguro.

De Caulaincourt asintió, añadiendo con tristeza:

— Me dolió en el alma marcharme, dejando allí mucho de lo que tanto amo, dos hijas y dos hijos, uno de ellos en la lactancia todavía. Gracias a Dios, pude besarlos dormidos... y a su madre, la más querida de todos...; pero ella sabía por qué, y me perdonó.

— ¿Por llevaros a su hijo?

— Mi esposa no es madre de Norberto, aunque le ama casi tanto como a sus propios hijos. No me resolvía a creer en el peligro y huía del sacrificio, esperando que cambiarían los tiempos y que podría instruir a mi mujer y a mis hijos en las cosas anejas a la salvación; pero el corazón de las mujeres se aferra tanto a lo antiguo, a lo que ya conocen...

— De eso tengo yo buena prueba — observó Berthelie —; mi hermana, que en otro tiempo fué religiosa de Santa Clara, continúa aún católica en el fondo de su corazón, a pesar de vivir en esta fortaleza del Evangelio.

— Por lo que toca a mis hijos — continuó De Caulaincourt —, son niños, y los niños no piensan más que en jugar y divertirse.

— Aquí, no — dijo Berthelie, sonriendo —; hasta los más pequeños anhelan ir como misioneros a Francia, a Italia o a los Países Bajos, y ganar la corona del martirio.

— En ese caso, temo que mi Norberto no encuentre aquí camaradas de su gusto. Es un muchacho especial; muy niño en unas cosas. Tiene, a veces, rasgos inesperados de hombre. Me disgustaba que el hijo que era mío sólo fuese, al parecer, el menos dispuesto a participar de mis ideas, prefiriendo acompañar a su madrastra o compartir los juegos de sus hermanitas mejor que estudiar y escuchar la Palabra de Dios. Y, sin embargo, ese niño, porque no es más que un niño, regresó a mi casa solo, corriendo, desde la ciudad inmediata, que estaba a dos leguas de distancia, y llegó hasta mi despacho. Yo estaba enojado con él porque, contra mi voluntad, había ido con mi mujer a un baile de máscaras que se celebraba en casa del alcalde de aquella ciudad; pero cuando oí lo que iba a decirme, vi la mano de Dios. Había oído unas frases cruzadas en voz baja entre dicho alcalde y un capitán de coraceros del Rey, de guarnición en la localidad, sobre el plan que tenían ambos para arrestar, al día siguiente, al herético señor de Gourgolles, y corrió a avisarme. Además, mientras yo hacía los preparativos más indispensables, el valeroso niño volvió al baile, por deseo mío, para buscar a mi esposa, la cual, gracias a las buenas piernas de Norberto, llegó a tiempo de recibir mis instrucciones respecto de nuestros hijos y de la hacienda; y, como ya he dicho, me perdonó y nos separamos en paz. En aquella situación, apenas si sentía algo; parecía que mi corazón estaba muerto o era de piedra; sólo cuando di a Norberto el beso de despedida, y vi que ni me abrazaba ni parecía entristecerse por nuestra separación, sentí una pena muy viva. Empecé mi solitario camino hacia el valle, bajando por el monte, ocultándome, muy agobiado mi espíritu, y, de pronto, oí pisadas detrás de mí, presurosas también. Pensé que me habían delatado, y casi no lo sentí; pues, ¿para qué quería yo vivir? Me volví y, aunque reinaba la obscuridad que precede a la aurora, pude ver la silueta de un niño que llegaba jadeante, sin poder respirar. Un instante más, y la mano de Norberto se agarró a mi capa y su voz murmuró a mi oído: — ¡Padre, espérame!

— ¿Tú? — exclamé.

— ¿Por qué me decías adiós? — preguntó jadeante aún —, sabiendo...

— ¿Sabiendo qué? — dije yo.

— Sabiendo que era tuyo —. Y apenas recobró el aliento, añadió: — He aprendido un versículo de tu Biblia: «Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios».

(Continuará.)

Esfuerzo Cristiano

Nuestro deber para con Cristo.

Dom., 26 de Junio. 2.^a Cor., 8, 9;
1.^a Pedro, 2, 21-25.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Haciendo todo el bien posible.	1. ^a Tim., 6, 17-19.
Martes . .	De todas las maneras posibles.	1. ^a Cor., 15, 58.
Miércoles .	A todas las personas. .	Mat., 5, 44 y 45.
Jueves . .	Tanto como sea posible.	Eccl., 9, 10.
Viernes . .	Las obligaciones de amor.	Juan, 14, 15-24.
Sábado . .	Hecho todo a gloria de Dios.	1. ^a Cor., 10, 31.

Sugestiones.

Si es posible, en la reunión anterior dese a un miembro o a un grupo de dos o tres, las siguientes preguntas para que las contesten en ésta: ¿Qué debo a Dios, a la Iglesia, a mi prójimo, al pobre, a mi patria, a las misiones, a mi pastor, a la Sociedad de Esfuerzo Cristiano, a mí mismo?

También se puede usar un encerado y dividirlo en columnas, una para cada asunto, y conforme los diferentes deberes se van nombrando, ir apuntando una señal, para que al fin de la reunión el que dirige pueda hacer la suma.

No sois vuestros.

Cristiano, estás comprado con un precio. Ya no eres tuyo, ni de tu familia, ni de tus amigos, sino de tu Señor y Maestro. De tu Señor, porque te ha creado; de tu Maestro, porque te ha comprado. Tu cabeza es de Cristo. Tus brazos son suyos; los ojos con que miras son suyos también; tus oídos, las manos con que trabajas, los pies con que caminas, los labios con que hablas, todo es de Cristo.

Temas para pensar.

¿Cuál es mi deber para con Cristo? ¿Por qué debo amarle? ¿Para qué murió Cristo? ¿Qué debo hacer por Él?

Pensamientos.

Aunque nunca podamos pagar la deuda por completo, seremos honrados si pagamos lo que podemos.

Cristo pide nuestra voluntad. Él la quiere para instrumento suyo; pide nuestros cuerpos para habitar en ellos; nuestras posesiones, para devolvérselas multiplicadas por el gozo que viene de la abnegación; nuestro tiempo, para usarlo para la eternidad; nuestro corazón entero, para que Él pueda moldearlo para sí mismo.

El mundo debe a la cristiandad sabios gobiernos; ante ella el despotismo pierde su poder; la educación libra de la pobreza, de enfermedad, de prisiones; y los asilos, hospitales y buenas reformas son el resultado de la enseñanza de Cristo.

Si el fin de una buena obra no fuese el principio de otra, seríamos destruidos.

Sociedades infantiles.

Una heroína sin nombre.

Dom., 26 de Junio. 2.^a Reyes, 5, 1-4.

Una joven cautiva llevó el conocimiento de Dios a Siria; los milagros de su

profeta sirvieron de consuelo a su mente en la esclavitud, fueron útiles a otros y abrieron el camino para la conversión de Naamán.

Todo el que sabe una verdad buena, debe hacerla conocer a otros. En este sentido, todo cristiano debe ser un predicador del Evangelio.

En realidad, todo cristiano es un predicador en favor o en contra de la verdad que profesa. ¿Estamos dando buen testimonio de Cristo todos los días? El mundo está continuamente mirando a ver si lo hacemos así.

En busca de la perla amarilla

Por P. C. MACFARLANE

El relato del centurión

Por el mismo autor.

LA MANSIÓN

Por ENRIQUE VAN DYKE

Tres preciosas narraciones en un volumen.

3,50 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.^o - MADRID

Escuela Dominical

Revista: Vida y epístolas de Pedro.

26 de Junio

1.^a Ped., 5 1-11.

TEXTO AUREO: *Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.* — Mateo, 9, 19.

Durante tres meses hemos estudiado la vida del apóstol Pedro, el primero entre los apóstoles, no porque tuviera sobre sus compañeros ninguna clase de autoridad, que no la tuvo, sino porque se destacó sobre los demás, como siempre se destaca un hombre en un grupo cualquiera que se forme, por las condiciones especiales de su carácter, por el mayor alcance de su fe, por la visión más certera de lo que se debe hacer.

Pedro se retrata en sus frases. De ningún otro discípulo de Jesús se han conservado palabras tan llenas de sentimiento y de pasión, tan reveladoras del corazón y del alma del hombre.

La primera vez que le oímos hablar es para decir: «Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador». Las últimas palabras que dirige a su Señor son: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te quiero».

Entre aquella palabra y ésta, entre la palabra de humilde confesión de indignidad y la palabra de firme expresión de amor, tenemos otras, felices algunas, desahucadas otras, las más inspiradas, seguidas a veces de las más equivocadas, pero todas ellas reales, sentidas, sinceras, menos cuando son causadas por el miedo en aquella negra hora de su caída.

El mejor repaso de la vida de Pedro sería el estudio de sus palabras. Recordemos algunas:

«Señor, si eres tú, di que yo vaya a ti sobre las aguas.» Confianza, un poco de presunción, deseo de imitar a su Maestro.

«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» La gran palabra de Pedro; la primera confesión que se hizo en el mundo de la fe santísima sobre la cual se edifica la Iglesia, convirtió a Simón, el hijo Jonás, en Pedro, el hombre piedra, que forma parte del fundamento de los apóstoles y profetas.

«Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.» Palabras inspiradas, sin duda, por el cariño; pero que indican la incompreensión de Pedro; no entendía las cosas que son de Dios.

«Señor, bien es que nos quedemos aquí.» En el monte de la Transfiguración, gozando de la visión beatífica. No sabía lo que se decía. Su Maestro tenía que descender al Valle del sufrimiento y de la muerte.

«Aunque todos te abandonaren, yo nunca te abandonaré.» Era sincero; lo creía; no se daba cuenta de su propia debilidad.

¿Por qué no poner entre sus palabras aquellas lágrimas de arrepentimiento después de su caída? «Lloró amargamente.» Lágrimas mejores que palabras.

«Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te quiero.» La triple confesión de amor, que lo rehabilita en su apostolado.

Sus palabras, después de Pentecostés, tienen ya el tono de la certidumbre, de la energía, de la autoridad de quien ha recibido el Espíritu Santo y camina guardado por el poder de Dios.

□ ~~~~~ □

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

MAESTRA evangélica se ofrece. Pelayo, núm. 7, El Campillo (Huelva). María Pérez.

HABITACIÓN exterior para caballero, con o sin asistencia. Quesada, 3, segundo izqda. Madrid. Encarnación del Pozo.

ALGUNOS de los puntos de Madrid donde se vende ESPAÑA EVANGÉLICA:

Antón Martín, Estación del Metro; San Bernardo (Ministerio de Gracia y Justicia, Noviciado y esquina travesía de Pozas); Fuencarral (Tribunal de Cuentas); Alcalá, frente al edificio del Fénix.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID